

Aunque territorialmente venido a menos, el Vaticano es un Estado soberano, tan inmerso en los asuntos terrenales como en su liderazgo espiritual

La farmacia, atendida por hermanos hospitalarios de San Juan de Dios y dependientes laicos, es seguramente el único establecimiento de su género que dispone de un ascensor interno que lo conecta con una capilla situada en el piso superior. La tienda goza de espléndida reputación: sus precios son entre un 10 y un 15% más bajos que en la vecina Italia, y su inventario contiene fármacos difíciles de encontrar en otras partes. Obviamente, la farmacia vaticana no es lugar para ir a comprar anticonceptivos. Salvo esta excepción, seguramente poco importante en un Estado en que la inmensa mayoría de su exigua población tiene voto de castidad, el establecimiento es del todo irreprochable. Y tiene, además, la ventaja de que, a diferencia de otras tiendas y servicios vaticanos, para acceder a él no hace falta estar empadronado en la ciudad-país.

Visto sobre un mapa actual, el Vaticano puede parecer una excrecencia, geográficamente nimia, de la ciudad de Roma. Su extensión física no llega al medio kilómetro cuadrado —440.000 metros cuadrados, de los cuales 260.000 están ocupados por edificios—. En comparación, Mónaco —1,9 kilómetros cuadrados— resulta un gran país; San Marino —60 km²—, una vasta nación; y Andorra —467 km²—, casi un imperio. Territorialmente hablando, el Vaticano es un Estado muy venido a menos. La unificación de Italia, a la que el entonces pontífice Pío IX opuso en vano sus ejércitos y su facultad de excomunión, obligó en 1870 a la antigua potencia papal a replegarse dentro de la espesa muralla vaticana, construida en el siglo noveno.

En un intento de acallar las protestas vaticanas y los remordimientos de su católica conciencia, el rey Víctor Manuel III, a mediados de los años 20, se insinuó dispuesto a ceder graciosamente a la Santa Sede unos 25 kilómetros cuadrados de parques y palacios de Roma. El gesto hubiera irritado seguramente a los romanos. Al poco de la reunificación, para que quedara constancia de su censura a la actitud contraria del Papa, las autoridades de la capital, entre el aplauso popular, habían incluso bautizado las principales calles y plazas que rodean al Vaticano con nombres de héro-

es de la unidad italiana, como Garibaldi o Cavour. Fue finalmente Benito Mussolini quien puso coto a las dadas veleidades del rey Víctor Manuel y negoció en 1929, con el entonces papa Pío XI, el Tratado de Letrán: el Vaticano se convirtió en el Estado más minúsculo del mundo, pero dotado de los atributos de soberanía e independencia propios de cualquier otra nación.

Monarquía absoluta

El que el Estado de la Ciudad del Vaticano, que es su nombre completo, sea soberano y cuente con 162 embajadas extranjeras acreditadas ante él —estas representaciones diplomáticas tienen su sede en Roma, porque no caben en la ciudad-nación— no quiere, evidentemente, decir que se trate de un país como los otros.

Su pequeñez le obliga a contar para muchas cosas con Roma, ciudad con la que lindan sus murallas y a la que se abre el extremo inferior de la plaza de San Pedro: de ella recibe el agua y la luz, y allí vive buena parte de sus empleados.

Otra peculiaridad, no pequeña, es un sistema de gobierno que consiste en una monarquía, electiva pero absoluta, en la que el Papa, una vez escogido por y entre un máximo de 120 cardenales, detenta el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial. Dado que ese monarca es, además, vicario de Cristo y cabeza de una Iglesia rica en certezas, el pequeño reino no puede sino respirar de un modo particular.

La virtud o, al menos, la apariencia de virtud es el principal requisito a la hora de conceder a alguien un empleo estable en el interior de la Santa Sede, ya sea de bombero —hay 16, y entre sus múltiples funciones figura la de ir diariamente al interior de la basílica de San Pedro con una escalera, después de la hora de cierre, y comprobar que no haya quedado nadie agazapado tras una estatua, incluidas las más altas— o de magistrado instructor.

Un reglamento de la Santa Sede, actualizado el pasado mes de julio, establece que los empleados «deben ante todo distinguirse por su moralidad, prudencia, ciencia y debida experiencia». Deben, por supuesto, ser católicos, no tener menos de 21 años y gozar de

■ La extensión física del país no llega al medio kilómetro cuadrado

■ El Papa delega el gobierno de la ciudad en cardenales escogidos por él



buen estado de salud: en caso de que ésta se quiebre, el mini-Estado dispone desde 1953 de un fondo de asistencia sanitaria para atender a las necesidades de los funcionarios.

Libre de impuestos

Algo más de tres mil personas trabajan en el Vaticano, la mayor parte de ellas en prefecturas y dicasterios, y casi quinientas en los medios de comunicación —radio, televisión y el vespertino *L'Osservatore Romano*—. La ciudad-nación imprime liras con la efigie del Papa que tienen libre circulación también en Italia, maneja un servicio de correos notablemente más eficiente que el del país vecino, cuenta con bandera y ejército —el centenar de guardias suizos— propios, tiene un himno nacional que tocan en ocasiones solemnes los setenta profesores de la banda vaticana, dispone de un helipuerto muy usado por el actual pontífice y, en un extremo de los cuidados jardines que cubren casi la mitad de la superficie total del Estado, existe una estación ferroviaria con una lujosa sala para *vips* tapizada de mármol: en ella mueren los 861 metros de vías propiamente nacionales, conectados con la red italiana pero por las que, salvo algún tren con mercancías, es raro que se aventure ningún ferrocarril.

Notoriamente mal pagados, los